

Introducción

Desigualdades y mecanismos de estratificación social

Gabriel Otero* y Felipe Mallea**

* Sociólogo (UDP), Magíster en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad (UCH), Estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales, Institute for Social Science Research (AISSR), University of Amsterdam.

** Sociólogo (UAH), Magíster en Métodos para la Investigación Social (UDP), Académico Colaborador en Facultad de Psicología y en Facultad de Educación, Universidad Alberto Hurtado.

La implementación de políticas económicas neoliberales desde la década de los setenta ha tenido efectos sistemáticos en los patrones de estratificación social en todo el mundo. Se ha destacado mayormente el incremento de la brecha económica entre la elite económica y el resto de la población (Piketty, 2014). En este escenario, América Latina ha destacado por presentar los indicadores más altos de desigualdad asociados a la distribución de la riqueza (López-Calva et al., 2015).

Los efectos asociados a este “régimen” de desigualdad, cada vez más extendido, se han reportado sobre una variedad de problemas sociales, mayormente respecto de la volatilidad económica de los países y fragilidad financiera de las personas, especialmente en las naciones emergentes (Stiglitz, 2012). La investigación académica concuerda con que el aumento de la desigualdad social tiene consecuencias negativas en los indicadores de desarrollo humano, el ritmo de crecimiento a medio plazo y la duración de los períodos de crecimiento de los países (v.g. Neves et al., 2016; Ostry et al., 2014). También se han constatado efectos negativos de la desigualdad sobre mejores resultados en las áreas de la salud y educación (v.g. Otero et al., 2017; Rözer y Volker, 2016), reducción de la movilidad social, segregación urbana, junto con inestabilidad política y pérdida de la cohesión social (v.g. Dorling, 2015; Musterd et al., 2016; Paskov y Dewilde, 2012; Pickett y Wilkinson, 2015; Rothstein, 2011). En los países en vías de desarrollo la alta desigualdad también parece estancar la reducción de la pobreza absoluta (Ravallion, 2014). En suma, todo parece indicar que los esfuerzos por reducir la desigualdad son justificables no sólo en términos éticos, sino también porque su expresión es insustentable, en cuanto se traduce en una reducción objetiva del bienestar social (Ostry et al., 2014).

A propósito de esta evidencia, la preocupación por el estudio de los procesos asociados a la producción y reproducción de la desigualdad se ha incrementado notablemente en los últimos años. Se ha llamado la atención respecto de las distintas formas que adopta la desigualdad a través de la distribución de una serie de recursos, más allá del énfasis tradicional en las diferencias materiales y estatus ocupacional (e.g. Erikson y Goldthorpe, 1992). En esta línea, el debate ha relevado, por ejemplo, la importancia de las redes sociales, los procesos culturales y los mecanismos más simbólicos de estratificación, junto con la importancia de la segregación espacial, entre otros aspectos (v.g. Bennett et al., 2009; Lamont et al., 2014; Lin, 2000; Musterd et al., 2016). También se ha enfatizado en los elementos socioeconómicos, históricos e institucionales que están detrás de las disposiciones socioculturales que ponen en tensión a las distintas clases sociales (v.g. Savage, 2015). En suma, nos referimos a orientaciones teóricas y evidencia empírica que han sido fundamentales para renovar el análisis de las desigualdades sociales.

Hay dos ejemplos claros en donde esta orientación más multidimensional para el estudio de la desigualdad puede verse representada. Por un lado, el análisis cultural de clase realizado por Mike Savage y colegas (v.g. Savage et al., 2013), ha considerado la interacción entre las diferentes formas de capital. Este interés se basa en la teoría desarrollada por Pierre Bourdieu, en el supuesto de que las posiciones favorecidas o desfavorecidas que las personas tienen implican una correspondencia entre ingresos y riqueza disponible (capital económico), tener credenciales educativas y apreciar una variedad de bienes culturales (capital cultural), además de la capacidad de generar varios tipos de redes sociales a través de los

contactos disponibles (capital social) (Bourdieu, 1984). Sobre este último tema ha destacado notablemente el trabajo de Nan Lin y colegas sobre los factores asociados a la conformación de redes más ricas en recursos socioeconómicos y sus implicancias sobre las desigualdades que se producen en el mercado laboral, mayormente en el logro de estatus (v.g. Lin, 2001). En resumen, se han ido identificado variadas formas de capital que pueden superponerse y reconvertirse en otros recursos, y que permiten establecer distinciones sustanciales entre los diversos grupos sociales.

Por otro lado, y con ciertas similitudes respecto de la orientación anterior, destaca la propuesta desarrollada por Lamont y colegas (Lamont et al., 2014), quienes sugieren clasificar los mecanismos teóricos de las desigualdades sociales en cuatro dimensiones: la primera relativa a la desigualdad en la distribución de recursos materiales; la segunda sobre las desigualdades simbólicas, en donde se incluyen sub-dimensiones como el capital social y la violencia simbólica; la tercera asociada a las desigualdades propias de la localización geográfica de las personas, donde se incluyen los mecanismos vinculados a los 'efectos del barrio', el aislamiento social y la segregación residencial; finalmente, la cuarta dimensión refiere a las desigualdades culturales, y considera procesos como el reconocimiento, la racionalización, junto con los repertorios culturales disponibles que los individuos de distintos grupos socioeconómicos o clases sociales despliegan para poder identificarse y dibujar diferencias con los demás (v.g. Fraser, 1995; Lamont, 2012; Méndez, 2008; Timmermans y Epstein, 2010). En algunos casos, también se trata de mecanismos de auto-identificación, conservación, estandarización y evaluación, que muchas veces los grupos más vulnerables utilizan para responder y confrontar las diversas formas de estigmatización y discriminación que tienen lugar en sus relaciones cotidianas

(Lamont et al., 2016). En la práctica, estas herramientas han sido entendidas como útiles para la construcción de fronteras simbólicas (Lamont et al., 2014; Lamont y Molnár, 2002; Mijs et al., 2016). En efecto, se habla de procesos culturales que incentivan la reproducción de la desigualdad a través de actividades rutinarias (no necesariamente conscientes), que –articulados en conjunto– son generativos de mecanismos diferenciados de estratificación, que forman parte de un entramado social reunido en categorías y sistemas de representación de alcance y fuerza estructural.

Pese a que estos ejemplos reflejan adecuadamente la intención académica de extender el estudio de la desigualdad a una gama más variada de dimensiones y procesos sociales, también resulta adecuado subrayar algunas problemáticas adicionales que han surgido en el debate.

Primero, se ha incrementado el interés por estudiar las disposiciones de las personas hacia la desigualdad y las preferencias por redistribución. En esta literatura se ha reportado la importancia de percepciones sobre la meritocracia en una sociedad, la movilidad social objetiva y subjetiva, el conocimiento de los niveles existentes de desigualdad, entre otros aspectos (v.g. Alesina y Angeletos, 2005; Piketty, 1995). Segundo, ha destacado también el rol que juega el espacio en los procesos de estratificación social. Este último punto es bastante crítico, ya que la literatura destaca que el diseño socio-espacial de las ciudades media en las interacciones sociales que se producen entre ricos y pobres –hasta el punto de eliminar las vinculaciones entre individuos de diferentes clases sociales o grupos socioeconómicos (v.g. Kesteloot, 2005); y, más aún, derivar en crecientes procesos de polarización socio-espacial (Dorling y Rees, 2003). Tercero, también se ha extendido la inquietud por la relación explícita entre las elites política y económica (v.g. Gilens, 2012). En

efecto, en muchos países la desigualdad extrema es preocupante por su impacto nocivo en la representación política igualitaria. Esto ocurre cuando los sectores más ricos influyen en la formulación de políticas gubernamentales para que les sean favorables, en perjuicio de todos los demás (v.g. Khan, 2012). Se ha indicado que a menos que se establezcan soluciones políticas audaces para frenar la influencia de la riqueza en la política, los gobiernos seguirán trabajando por el interés de los ricos, incrementando distintas formas de desigualdad (Fuentes-Nieva y Galasso, 2014). Finalmente, destaca el análisis cada vez más contingente sobre las clases altas y elites. Por un lado, resalta el interés por los contextos organizativos y sociales en los que las personas de distintos grupos interactúan. Un ejemplo de ello han sido las investigaciones recientes sobre la relevancia de la elección de escuela y residencial como estrategias cada vez más presentes en la reproducción social (v.g. Andreotti et al., 2015; Bacqué et al., 2015; Méndez y Gayo, 2019). Por otro lado, se ha promovido el diálogo entre las contribuciones de la sociología y la economía. Específicamente, sobre el poder de la descripción, la incorporación del tiempo y la historia como dimensiones del análisis; y la conceptualización de la clase social y el privilegio, incluyendo temas como la acumulación y la herencia (Savage, 2014). A saber, para desarrollar un análisis que investigue en la relación entre las élites y la riqueza.

De una u otra forma, el presente número de la Revista Contenido responde a algunas de las dimensiones y expresiones de la desigualdad social a las que hemos referido en esta introducción. Los artículos que sortearon la revisión de pares resaltan temas como la problematización del concepto de clase social; las desigualdades observables en la ocupación socio-espacial histórica y en los modos de vida; la delimitación de fronteras simbólicas de estratificación; y la identificación y formación

de conciencia de clase, por ejemplo, a través de lo que los sujetos perciben y creen respecto de su propio estatus. Adicionalmente, destacamos la reseña de Alejandra Rasse del libro “Upper Middle Class Social Reproduction: Wealth, Schooling, and Residential Choice in Chile” (2019), escrito por María Luisa Méndez y Modesto Gayo. A continuación, se hace una breve síntesis de los artículos incluidos.

El número parte con el artículo de Pauline Clech sobre las pautas de movilidad social ascendente de los árabes en Chile, donde también se analiza el aprendizaje que los árabes en ascenso tuvieron que llevar a cabo para delimitar sus fronteras de clase. La autora utiliza un enfoque relacional para el estudio de las clases sociales (Bourdieu, 1984). A partir de este análisis, se pregunta si este grupo en ascenso se caracterizó por un mimetismo hacia las clases dominantes, o bien por una autonomía cultural. Se analiza específicamente el trabajo que hicieron los árabes para delimitar fronteras urbanas, es decir, la relación con la ciudad que fueron desplegando a lo largo de sus trayectorias vitales. Según se indica, la movilidad social de una parte importante de los árabes no se acabó durante los años 1970, a pesar de la implementación de un modelo neoliberal que restringió en gran parte la movilidad social chilena. Por el contrario, de acuerdo con lo reportado por Clech, la movilidad social de los árabes se estabilizó y siguió hasta las clases altas chilenas. Si los abuelos o padres habían alcanzado a entrar en la clase media entre los años 1940 y 1970, los hijos —en las décadas posteriores— mejoraron aún más su posición social.

El segundo artículo incluido, elaborado por Marie Nicole Thouvard, se adentra en las relaciones sociales producidas entre 3 grupos poblacionales en una ex colonia francesa de México. En lo específico, se analiza la estratificación social visible en elementos de la vida cotidiana, resultante de la

configuración de un espacio, identidad y estructura social particulares. Thouvard realiza un recuento histórico sobre el establecimiento de la colonia, su desarrollo e integración al país receptor; además de dar cuenta de los procesos de segmentación y estratificación que se produjeron en las relaciones entre los diferentes grupos presentes, las desigualdades observables en la ocupación socio-espacial histórica y en los modos de vida. La autora propone un marco conceptual que permite atender a la relación entre el manejo de representaciones sociales, de la identidad y la legitimación de una estructura social particular (Lamont y Molnár, 2002). Se combinan distintas metodologías: una revisión documental de los antecedentes históricos, encuestas, entrevistas y observación no participante. Los resultados sugieren que las identidades tienen un potencial muy fuerte cuando se apoyan en ideologías cimentadas en argumentos temporales, que justifican y legitiman una estructura social y un orden de las cosas con mecanismos implícitos. De acuerdo con ello, se entiende que la identidad conlleva elementos delimitados por la ideología, como tener un modo de vida específico, restringir las conductas a tener y los espacios que se pueden frecuentar, lo cual se difunde en parte desde las escuelas. En decir, que la identidad establece fronteras que la ideología mantiene.

El número continúa con el trabajo teórico de Hugo Cadenas sobre el concepto de clase social, abordando de qué forma éste puede ser utilizado por parte de enfoques distintos a la tradición marxista o weberiana. El autor se adentra especialmente en los teóricos funcionalistas o socio-sistémicos que han incorporado este concepto en sus propios planteamientos. En lo específico, se explora el concepto de clase social en dos de los académicos más relevantes de dicha tradición teórico-sociológica, como son Talcott Parsons y Niklas Luhmann. El análisis se lleva a cabo analizando las convergencias y divergencias entre ellos. Se sugiere que el mayor obstáculo de la teoría parsoniana sobre las clases

sociales se deriva menos de sus supuestos estructurales que de su preferencia por la “estabilidad” como punto de fuga de sus análisis. Por su parte, no obstante que el enfoque luhmanniano de las clases sociales incluye dos aspectos instalados por Parsons (evolución y estratificación), su análisis se orienta en direcciones muy distintas. Por un lado, las clases no se conciben como formas de estratificación que posean una función de estabilización o integración social. Por otro, se entiende que las clases sociales no son solamente estructuras, sino también semánticas y operaciones, argumento que resulta relevante para observar los modos de reflexión social en el contexto de cambios estructurales de mayor alcance. A partir de ello, el autor concluye que no se podría hablar de un enfoque sistémico o funcional singular sobre las clases sociales, sino más bien de aproximaciones nominalmente similares, pero sustantivamente diferentes.

En el último artículo de este número, escrito por Julio César Iturra y Diego Mellado, se examina el estatus social subjetivo en tres países de América Latina: Argentina, Chile y Venezuela. Este énfasis de tipo “subjetivista”, contrasta con la tradición más “objetivista” que ha predominado en los estudios de estratificación social, especialmente preocupada por la movilidad social basada en la clase ocupacional. Los autores enfatizan que la relevancia de esta mirada subjetivista radica en acercarse a la identificación y formación de conciencia de clase, lo cual ha sido abordado empíricamente a través de lo que los sujetos perciben y creen respecto del contexto social en el que están inmersos, como también de sí mismos (v.g. Castillo et al., 2013). En el estudio en particular, se pretende determinar mayormente en qué medida el estatus social subjetivo familiar y las características objetivas (ingresos, logro educativo y clase ocupacional), se asocian con el estatus social subjetivo. La evidencia reportada sugiere consistentemente que el estatus social subjetivo familiar es la característica más relevante en predecir el estatus subje-

tivo, cuyo efecto mantiene su significancia positiva en todas las especificaciones de los modelos. Los autores concluyen, sugiriendo la necesidad de abordar en el futuro la relación entre la educación y mecanismos legitimadores de desigualdad, como las preferencias y percepciones en la meritocracia.

Finalmente, la presente publicación de la Revista Contenido da continuidad a las publicaciones temáticas que sistemáticamente se han editado desde el año 2015, en ámbitos de interés de las ciencias sociales como el arte, el género y la ciencia y la tecnología. Quisiéramos agradecer a todos quienes hicieron publicación: Comité Académico, Comité Editorial y, especialmente, a las/os 19 pares evaluadores de los artículos que formaron parte de la presente convocatoria. De este modo, mediando la lectura, análisis y reflexión de los textos acá reunimos, buscamos contribuir a la discusión hispanohablante sobre las desigualdades y los mecanismos de la estratificación social, a objeto de dar alcance a la reflexión y crítica sobre sus consecuencias.

Referencias bibliográficas

- Alesina, A. y Angeletos, G. (2005). "Fairness and redistribution". *The American Economic Review* 95(4), 960–980. <https://doi.org/10.1257/0002828054825655>
- Andreotti, A., Le Galès, P. y Moreno-Fuentes, F. (2015). *Globalised Minds, Roots in the City: Urban Upper-Middle Classes in Europe*. Chichester: Wiley-Blackwell.
- Bacqué, M., Bridge, G., Benson, M., Butler, T., Charmes, E., Fijalkow, Y., Jackson, E., Launay, L. y Vermeersch, S. (2015). *The Middle Classes and the City*. London: Palgrave Macmillan.
- Bennett, T., Savage, M., Silva, E., Warde, A., Gayo-Cal, M. y Wright, D. (2009). *Culture, Class, Distinction*. New York: Routledge.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction*. London: Routledge.
- Castillo, J. Miranda, D., y Madero-Cabib, I. (2013). "Todos somos de clase media: Sobre el estatus social subjetivo en Chile". *Latin American Research Review*, 48(1), 155-173.
- Dorling, D. (2015). *Injustice: Why Social Inequality Persists*. London: Policy Press.
- Dorling, D. y Rees, P. (2003). A Nation Still Dividing: The British census and social polarisation 1971–2001. *Environment and Planning A*, 35(7), 1287–1313. <https://doi.org/10.1068/a3692>
- Erikson, R., Goldthorpe, J. (1992). *The Constant Flux*. Oxford: Clarendon Press.
- Fraser, N. (1995). From redistribution to recognition? Dilemmas of justice in a post-socialist age. *New Left Review* 68–93.
- Fuentes-Nieva, N. y Galasso, N. (2014). Working for the few: Political capture and economic inequality. *Oxfam Briefing Paper* 178.
- Gilens, M. (2012). *Affluence and Influence: Economic Inequality and Political Power in America*. New York: Princeton University Press.
- Kesteloot, C. (2005). Urban socio-spatial configurations and the future of European cities. En: Kazepov, Y. (Ed.), *Cities of Europe: Changing Contexts, Local Arrangements and the Challenge to Urban Cohesion*. Oxford: Blackwell, pp. 123–148.
- Khan, S. (2012). The sociology of elites. *Annual Review of Sociology* 38, 361–377. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-071811-145542>
- Lamont, M. (2012). Toward a comparative sociology of valuation and evaluation. *Annual Review of Sociology* 38, 201–221. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-070308-120022>
- Lamont, M., Beljean, S. y Clair, M. (2014). What is missing? Cultural processes and causal pathways to inequality. *Socioeconomic Review* 12(3), 573–608. <https://doi.org/10.1093/ser/mwu011>
- Lamont, M. y Molnár, V. (2002). The study of boundaries in the social sciences. *Annual Review of Sociology* 28, 167–195. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.28.110601.141107>
- Lamont, M., Silva, G., Welburn, J., Guetzkow, J., Mizrahi, N., Herzog, H. y Reis, E. (2016). *Getting Respect: Responding to Stigma and Discrimination in the United States, Brazil, and Israel*. Princeton: Princeton University Press.
- Lin, N. (2001). *Social Capital: A Theory of Social Structure and Action*. New York: Cambridge University Press.
- Lin, N. (2000). Inequality in social capital. *Contemporary Sociology* 29(6), 785. <https://doi.org/10.2307/2654086>
- López-Calva, L., Lustig, N. y Ortiz-Juarez, E. (2015). A long-term perspective on inequality and human development in Latin America. *Journal of Human Development and Capabilities* 16(3), 319–323. <https://doi.org/10.1080/19452829.2015.1082720>
- Méndez, M.L. (2008). Middle class identities in a neoliberal age: Tensions between contested authenticities. *The Sociological Review* 56(2), 220–237. <https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.2008.00785.x>
- Méndez, M.L. y Gayo, M. (2019). *Upper Middle Class Social Reproduction: Wealth, Schooling, and Residential Choice in Chile*. New York: Palgrave Pivot Series.
- Mijs, J., Bakhtiari, E. y Lamont, M. (2016). Neoliberalism and symbolic boundaries in Europe: Global diffusion, local context, regional variation. *Socius: Sociological Research for a Dynamic World* 2, 1–8. <https://doi.org/10.1177/2378023116632538>

- Musterd, S., Marcińczak, S., van Ham, M. y Tammaru, T. (2016). Socioeconomic segregation in European capital cities. Increasing separation between poor and rich. *Urban Geography* 38(7), 1062–1083 <https://doi.org/10.1080/02723638.2016.1228371>
- Neves, P.C., Afonso, O. y Silva, S. (2016). A Meta-analytic reassessment of the effects of inequality on growth. *World Development* 78, 386–400. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2015.10.038>
- Ostry, J., Berg, A. y Tsangarides, C. (2014). Redistribution, Inequality, and Growth. IMF Staff Discussion Note. SDN/14/02.
- Otero, G., Carranza, R. y Contreras, D. (2017). ‘Neighbourhood effects’ on children’s educational achievement in Chile: The effects of inequality and polarization. *Environment and Planning A*, 49(11), 415–432. <https://doi.org/10.1177/0308518X17731780>
- Paskov, M. y Dewilde, C. (2012). Income inequality and solidarity in Europe. *Research in Social Stratification and Mobility, Consequences of Economic Inequality* 30(4), 415–432. <https://doi.org/10.1016/j.rssm.2012.06.002>
- Pickett, K. y Wilkinson, R. (2015). Income inequality and health: A causal review. *Social Science & Medicine* 128, 316–326. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2014.12.031>
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: Belknap Press.
- Piketty, T. (1995). Social mobility and redistributive politics. *The Quarterly Journal of Economics* 110(3), 551–584. <https://doi.org/10.2307/2946692>
- Ravallion, M. (2014). Income inequality in the developing world. *Science* 344(6186), 851–855. <https://doi.org/10.1126/science.1251875>
- Rothstein, B. (2011). *The Quality of Government: Corruption, Social Trust, and Inequality in International Perspective*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rözer, J. y Volker, B. (2016). Does income inequality have lasting effects on health and trust? *Social Science & Medicine* 149, 37–45. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2015.11.047>
- Savage, M. (2015). *Social Class in the 21st Century*. London: Penguin.
- Savage, M. (2014). Piketty’s challenge for sociology. *The British Journal of Sociology* 65(4), 591–606. <https://doi.org/10.1111/1468-4446.12106>
- Savage, M., Devine, F., Cunningham, N., Taylor, M., Li, Y., Hjelldrekk, J., Roux, B., Friedman, S. y Miles, A. (2013). A new model of social class? Findings from the BBC’s Great British Class Survey experiment. *Sociology* 47(2), 219–250. <https://doi.org/10.1177/0038038513481128>
- Stiglitz, J. (2012). Macroeconomic fluctuations, inequality, and human development. *Journal of Human Development and Capabilities* 13(1), 31–58. <https://doi.org/10.1080/19452829.2011.643098>
- Timmermans, S. y Epstein, S. (2010). A world of standards but not a standard world: Toward a sociology of standards and standardization. *Annual Review of Sociology* 36, 69–89. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.012809.102629>